CURIOSO ROMANCE,

DONDE SE DA CUENTA DE LA HORRIBLE PENDENCIA,

que pelearon cuatro valerosos soldados en la ciudad de Barcelona por el agravio hecho á una dama: el uno se llamaba Alfonso Tellez, el otro Diego Contreras, el otro Cayetano Garcia, y el otro Pedro Cadenas.

Atencion noble auditorio,
todo el orbe se suspenda,
mientras mi lengua declara
la mas reñida pendencia,
que sucedió en Barcelona,
siendo la ocasion pequeña,
con cuatro nobles vasallos
del Rey de España, que aumentan
las voces de sus hazañas,
por España y fuera de ella;
porque en diciendo españoles,
todas las naciones tiemblan.
Eran entre los soldados
estos cuatro hombres de prendas,
y por ser hombres de aliento
quiero que sus nombres sepan.
El primero y principal
era Diego de Contreras,
soldado diestro y temido
en castillos y fronteras;
y Cayetano Garcia,
hombre de valor y fuerza.
El otro es Alfonso Tellez,
cuyas hazañas y fuerzas
no me atrevo á numerar;
el otro es Pedro Cadenas,
que es alférez reformado,
sargento vivo en galera.
Vivia en esta ciudad
una dama hermosa y bella,
espejo es de la hermosura,
dama es de Pedro Cadenas.
La solicitaba á tiempo,
que de España sus galeras
llegan á este fuerte muro,
donde salieron en tierra,
estos gallardos mancebos
respetados donde quiera.
Entre ellos Alfonso Tellez,
y el dicho Diego Contreras,

pa-

paseando alegramente
de Barcelona las puertas,
vieron estar esta dama;
sabiendo que es de Cadenas,
bien pudieran escusarlo,
y no meterse con ella.
Alfonso con mil requiebros
ha empezado á enternecerla;
la dama con gran despejo
le ha dicho de esta manera:
Váyase muy noramala
el español á su tierra,
y no venga á enamorar
las damas barcelonesas,
mire que no faltará
quien le rompa la cabeza:
enfadado Alfonso Tellez
con una risa compuesta,
alzó la mano, y le dió
un bofeton á la hembra,
que le deshizo la cara;
la boca, dientes y muelas
en sangre se los bañó,
y dice: Dile á Cadenas,
que salga á tomar venganza,
que Alfonso Tellez lo espera.
Se salieron paseando
muy poco á poco y sin pena,
al tiempo que Cayetano
llegó con Pedro Cadenas
á la puerta de su dama,
viéndola de esta manera,
dice: Quien es el aleve
que ha ofendido tu belleza,
sabiendo que yo estoy vivo,
y que corres por mi cuenta,
que le quitaré la vida
con esta espada sangrienta?
Respondió muy enojada:
No serás, Pedro Cadenas,
respeto de Barcelona,
si aquesta infamia no vengas,
y cortas la atrevida mano,
y la traes á mi presencia;
pues de esta suerte me han puesto
dos soldados de galera,
el uno es Alfonso Tellez,
y me dijo que salieras.
De que oyen estas razones,
como dos serpientes fieras
van á buscar sus contrarios
por calles y callejuelas.
Junto á la puerta del Angel,
como ambos á dos se encuentran;
Cayetano que los vido,
echó mano á la siniestra,
y Pedro le detenia,
diciendo: vamos á fuera,
á donde no haya socorro,
sino que del cielo venga.
Se salen de la ciudad
poco mas de media legua;
en un escusado sitio
volvió la cara Cadenas,
y en altas voces ha dicho:
aquí ha de ser la pendencia;
donde quedeis sepultados,
y que yo vengue mi ofensa.
Meten mano á las espadas
con tal ira y con tal fuerza,
que Cayetano Garcia
cerró con Diego Contreras,
y Alfonso Tellez cerró
con su contrario Cadenas.
Como son los agraviados
se tiraban tan de veras,
con tal ira y tal ahinco,
estocadas muy soberbias,
sin reparar de las puntas
á la que mas presto llega.
Alfonso, como es valiente,
le ha dado á Pedro Cadenas
tres furiosas estocadas,
que los pechos le atraviesa.

La

La púrpura derramando,
manchando la tosca arena,
como se va desangrando,
le van faltando las fuerzas;
con la espada y la daga
con su contrario se encierra,
le ha tirado una estocada,
que sin que reparo hiciera,
por un párpado de un ojo
le entró la punta sangrienta,
que el cérebro le pasó
de espada mas de una tercia.
Alfonso cayó de espaldas
difunto sobre la arena;
Cadenas muy mal herido,
sobre una gabia se sienta,
los ojos al cielo alza,
y á Dios llama muy de veras,
le dice: Pastor divino,
yo soy la perdida oveja,
que se vuelve á tu rebaño;
ea, Señor, recogedla.
Con esto llegó la parca,
corta el brio que le alienta,
espiró, y partióse el alma
á el tribunal á dar cuenta.
Volvamos ahora á los dos,
que fuertemente pelean,
cansados de pelear,
ambos se pidieron treguas,
para descansar un rato,
se sientan sobre dos piedras;
ya se mira el uno al otro,
hablándole así Contreras:
Todo el mundo tengo andado,
y he estado en diversas tierras,
y he tenido desafíos
y muy reñidas pendencias,
y no he hallado ninguno
que á mi valor no obedezca:
ambos estamos heridos,
dejemos esta pendencia;
y Cayetano responde:
Mi fama no lo consiente;
pues que se dirá de mí
en el puerto y las galeras,
que te he dejado con vida,
viendo muerto á Cadenas,
que si en aquesta ocasion
un Bernardo te volvieras,
dos mil vidas te quitara
con esta espada sangrienta,
muy presto te ha de pasar
en volviendo á la pendencia.
Echan mano á las espadas
con tal brio y con tal fuerza,
que en breve tiempo han armado
la batalla mas sangrienta,
que el Sol no acierta á salir
á resplandecer la tierra,
en ver estos dos leones
de la suerte que pelean.
Cayetano es muy valiente,
pero le faltan las fuerzas,
que tiene cinco estocadas,
y cortada una muñeca.
Retirando pies atras,
huyendo de la soberbia
de Contreras, que parece
un bravo leon que sueltan,
tropezó y cayó de espaldas,
le dice desta manera:
Pues con la paz me rogaste,
razon es que obedezca.
Dijo Contreras: no es tiempo;
le dió la muerte violenta:
y desque se vido solo,
ya la noche venia cerca,
tendiendo su manto negro,
á la ciudad dió la vuelta.
Se fué en casa de la dama,
le dice desta manera:
Traidora, pues fuístes causa,
aquí pagarás tu ofensa;

la

la arrastra de los cabellos,
y le corta la cabeza,
revolcándose en su sangre;
de allí se ha ido, y la deja.
Va á un convento á retraerse,
y un hermano de Cadenas
juró de tomar venganza,
haciendo las diligencias;
supo como en un convento
retirado está Contreras,
y con dañada intencion
lo vido estar en la Iglesia.
Le tiró un carabinazo,
cayó bocabajo en tierra,
pidiendo la confesion,
fué en valde la diligencia.
El delincuente huyó,
pero poco le aprovecha,
que lo cercan y lo cogen,
y á la cárcel se lo llevan.
Dieron cuenta al General,
lo que manda su Excelencia,
que lo lleven y lo amarren
á cuatro fuertes galeras,
que su cuerpo despedacen,
para que escarmiento tengan.
Ya lo sacan de la cárcel,
lo llevan á las galeras,
todas cuatro están en cruz,
lo amarraron con violencia,
y á la voz de un ronco pito
alzan áncoras y velas,
con que quedó aquel cadáver
dividido en cuatro piezas.
Dios les perdone sus almas,
y nos perdone las nuestras,
cuando deste mundo vayamos
á gozar la gloria eterna,
y nos libre de mugeres
porque ellas todo lo enredan,
que no hay desdicha ninguna,
que por mugeres no venga.
Alerta, alerta mugeres,
disponeos á la enmienda,
que una muger fué la causa,
que su galan se perdiera,
y juntamente con él
cuatro hombres de nobles prendas,
y no menos la señora,
que ya referido queda,
que tambien pagó el tributo,
que se le debe á esta deuda.
Escarmentad valentones,
no vivais á rienda suelta,
no mireis á las mugeres,
que son vívoras tan fieras,
que matan con su veneno
aquesta frágil materia.
Sino llamemos á Dios
y á la Vírgen Madre nuestra,
y que despues de esta vida
gocemos la Gloria eterna.
Y á Vos, Divina Señora,
en esta ocasion quisiera,
valido de vuestra gracia,
alabar vuestras grandezas.
Y con esto el que compuso
el romance, sacra Reina,
os pide perdon rendido,
que no alcanzó mas idea.

FIN.

Barcelona: Imprenta de los Herederos de la Viuda Pla, calle de Cotoners.

595